

E
O
Y

EN LOS CAMINOS

"Si en la palma de mi mano
entrara toda la verdad, no
tendría mi puño cerrado
un solo instante.
No nací para carcelero de
pensamientos."

Sabemos que nuestros útiles de trabajo son sencillos e insuficientes.

La palabra no alcanza para destruir los muros que el odio y la injusticia social levantan.

La palabra no alcanza para combatir a quienes eligen por oficio y profesión, torturar y matar a sus semejantes.

La palabra no alcanza para fundar el amor; no alcanza para sepultar los esquemas que nos separan, para borrar las fronteras, para renacer en los otros.

Sin embargo alzamos nuestra voz, nuestra pequeñísima voz afónica, angustiada o alegre. Alzamos nuestra palabra sabiendo que no es un nuevo comienzo sino un necesario redescubrirnos lo que nos impulsa en esta tarea que al margen de Verdades Reveladas, intentamos desarrollar.

Y

CeDinci

SUMARIO

Aproximaciones	2
Edgardo Mardones	
Osa Polar (cuento)	4
Raúl Silva Cáceres	
Poemas	6
J. Carlos Piñeyro	
Poemas	8
Poli Delano	
El mar (cuento)	11
Herbert Read	
Al Diablo con la Cultura (extracto)	14
León Felipe	
Romero Solo	16

Estocolmo, Setiembre '80, nro 1

A

Q

L

I



Aproximaciones



Cual es el contenido del concepto Cultura, su significación real en nuestra vida?, solemos preguntarnos. Y hallamos que no es nada fácil la respuesta, menos aún para nosotros, partícipes de un exilio que nos desgarrar a diario y nos confunde en una realidad que muchas veces se nos aparece incomprensible.

Los vestidos, la danza, los cantos, son expresiones de nuestra cultura? Puede lo cultural contabilizarse en los billetes que se venden para una exposición de pintura abstracta? Están solamente las obras de arte encerradas entre los muros de grandes o pequeños museos?

Una pregunta nos lleva a otra pregunta, y podemos entender que las respuestas son múltiples y a veces hasta contradictorias. Folklore, literatura poesía, plástica, pueden explicitar una cultura, mas nunca la explicaran en su totalidad. Son aspectos de la sociedad que se recrean y transforman en un proceso continuo.

"De todo nos arrancaron, nos dejan el destierro" (parafraseando a Luis Cernuda) y entonces nos sentimos llamados a reivindicar la "Cultura de Nuestros Pueblos Latinoamericanos" oponiéndola a esta "Cultura Europea" en la cual hemos sido violentamente inmersos.

Pero esta actitud puede conducirnos a confusión y equívocos graves, pues es preciso recordar que hemos sido colonizados y formados en esta misma cultura, tan occidental y tan cristiana aquí como allá, ahora como hace cinco siglos o veinte, cuando surgió.

En la sociedad capitalista y en los sistemas ideológicos que comprenden al Hombre como objeto y no como sujeto de su historia, se concibe la cultura como un artículo más de consumo, como un "bien" posible de apropiación.

Si uno visita museos y bibliotecas, galerías de arte, veladas literarias, teatros, etc, es una persona culta, tiene cultura.

La cultura es así reducida a un ente escindido que puede guardarse y exhibirse en espacios cerrados donde la muerte va adquiriendo lo que a la vida pertenece.

No entendemos la cultura como un artículo, como un accesorio más de la vida. No es un producto que compite en los mercados. Y no existen, para nosotros, fábricas o talleres de cultura, aunque sí, en las fábricas y en los talleres se realice un proceso que afirma y conforma determinadas pautas culturales.

En la vieja Europa, en tierras que antaño fueran parteras del llamado Renacimiento Cultural, asistimos a diario a espectáculos que solo hubiésemos imaginado como remota posibilidad.

Sociedad de Consumo, ayer concepto, hoy realidad poderosa que nos envuelve y nos arrastra hacia sus valores.

Ghetto, Segregación, palabras que hoy hieren nuestros cuerpos, como ayer lo hiciera la explotación y el militarismo suramericano. Y somos objeto nuevamente, no de fuerzas mágicas o divinas como creyeran nuestros antepasados, sino de transacciones económicas y de poder.

El Mercado aún nos necesita y esta cultura que los ampara y sostiene también nos necesita. Nos necesita pasivos y alienados, en nuestra vivienda propia, con nuestra TV y con nuestro coche.

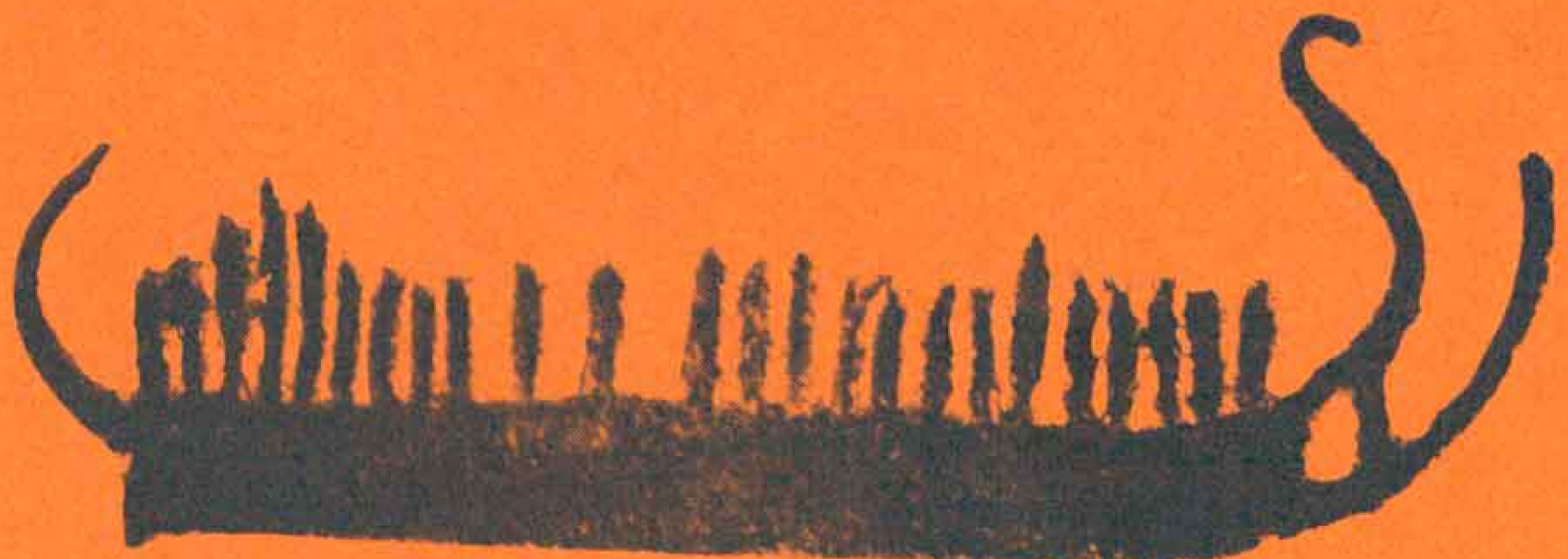
Torrente de realidad que no siempre gestamos ni gustamos. Que muchas veces simplemente heredamos y padecemos, que pocas veces elegimos.

Disponernos a transformarlas implica reconocerlas como expresiones de la sociedad y de la cultura en la cual nos ha tocado vivir. E implica básicamente asumir la necesidad de cambiar nosotros mismos. "Cambiar la vida", al decir de Rimbaud; y es que aún contra nosotros mismos, somos parte de la sociedad y de la cultura que rechazamos.

Claro es para nosotros que no solo nos manifestamos con la palabra y la plástica. En todo acto cotidiano estamos expresándonos. Y aún cuando dormimos y más aún cuando soñamos.

Si en nuestro hacer rescatamos determinadas formas de expresión, no es para alejarnos de las realidades, sino para acercarnos a la vida integral que queremos.

Entender por cultura todo aquello que un pueblo gestiona, crea, expresa, ya en sus relaciones sociales, forma de vida, educación, ya en la organización política y económica que elija, nos llevará a reconsiderar la propia vida de los seres humanos, como el acto más alto de creación.



ana maría beaulieu, leonardo lobos, edgardo mardones y j. carlos piñeyro, integran el equipo responsable de esta publicación, que cuenta con el apoyo solidario de otros compañeros.

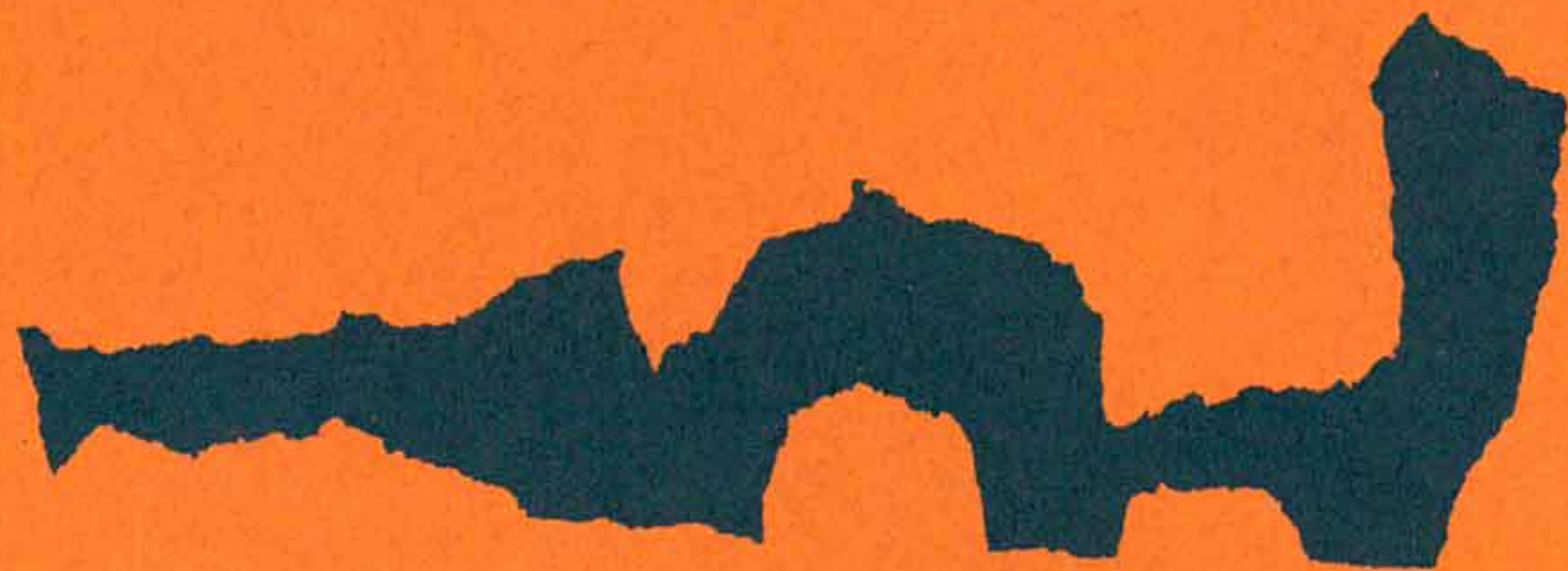
hoy y aquí

estocolmo 80

diagramación y diseño gráfico: ana maría beaulieu
fotografía: leonardo lobos

Envíos, correspondencia: Ana María Beaulieu, Storholmsbackarna 88, 4 tr, 127 43 Skärholmen, Sverige. Postgiro nro 98 57 10-3

Osa Polar



a Asunta Montalva
y otras oseznas por ahí...

"Que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo"

León Felipe

Y herr Svensson, osezna, me quedó mirando con sus ojos nórdicos y neutrales, y no me vas a creer, logré adivinarle en el fondo-fondo una chispita de solidaridad...

Porque así nomás fue, osezna polarísima, viste, que joda, si que dé igualito que novia de pueblo, vestida y alborotada, con un ramo de rosas rojas, dos palabras en los labios, y colgando de mi muñeca izquierda un minúsculo paraguas verde, tan idéntico a ese otro, osezna, que juntos encontráramos por ahí en uno de esos tantísimos puertos donde intempestivamente uno en calla o es dejado, y no queda más que aguantar, haciendo de tripas corazón: gigantescos temporales, lluvias desoladoras de goterones grises y vacíos, osezna, que se nos van colando hasta el mismísimo tobillo. Yo dije entonces, osezna, haciendo un rápido balance a vuelo de pájaro, que quien realmente andaba precisando un paraguaitas, sobre todo verdesperanza, eras tú, osezna, mientras que tú por otro lado dándole con que no, que nada que ver, que más bien era yo, insistiendo en mejor porque no lo rifamos. Y concluimos al final, osezna, democráticamente en los siguientes puntos: a) que los dos por igual andábamos requiriendo del paraguaitas en cuestión; b) que tal vez si nos abrazáramos apretado, apretadito...; c) no cabía duda, y así nomás fue; d) que el paraguaitas verde muy bien al canzaba para dos y; e) más!, dijimos riéndonos. Y todavía nos reímos mucho más, cuando después, por ahí, en un Hotel, seguro antigua residencia de algún rancio aristócrata, popularmente denominado: "Hotel Parejero", fuimos, en una de sus piezas, desprendiéndonos a carcajada limpia del disfraz de aire hipiente con que andábamos vestidos. Enseguida pedimos una piscola simple, porque pensar en un vaso de leche, la verdad como que habría sido un cambio demasiado violento. Pero lo que sí cambiamos fue el socorrido gordo y soberano pito de mariguana, encendiendo en su efecto, disimuladamente un Hilton King Size con filtro.

Y fue después de los cambios radicales, osezna, de mariguana por Hilton, de Mayo en París, de Octubre del mismo 68 en los chiles y en muchas otras partes en el Continente, que se nos vinieron los años 70, osezna amada, y era lindo entonces con: "La imaginación al poder", encontrarse de cuando en cuando en el café Puskin, beber con urgencia un cortado, intercambiar las experiencias contingentes, tú mucho más morena y más grandes y verdes tus ojos, siendo tan tú, osezna, mi antigua hipiente jubilada, tan tú y todas, tan cada una Asunta en tí, Chabela o Margara, Valeria, y yo a veces jodiéndote, osezna, recitándote al oído: negra, negrísima, que te quiero negra, y cosas por el estilo, mientras tú muy seria, "es que el sol quema fuerte en las poblaciones", decías con gestos energicos, regalándome al final una sonrisa canchera. Después era perderse otra vez, osezna, cada uno en las tareas del compromiso pero sabiendo que impajaritadamente nos volveríamos a reencontrar, tú tal vez marchando en una columna desde Estación Central abajo, y yo en otra desde allá arriba, desde casi las mismas faldas de la Cordillera. Entonces el punto de encuentro podía ser Plaza Constitución o Avenida Vicuña Mackenna; el Obelizco o Plaza Italia, osezna, entreverados entre banderas y codos, tú casi siempre con una rosa roja en la mano, "para tí", decías, y prendías la rosa en mi camisa, "para nuestra suerte". Después era irse abrazados y meterse a cualquier restauran a descansar, en torno a un causeo y una infaltable botella de vino rojo, la larga caminata, y más tarde amarse, osezna, sin urgencias.

Y fue después de los despueses, de las marchas militares, ban

dos y bayonetas, de cárcel y leña dura, que te ví por última vez, desde una Micro Pila-Chacarita. Tú llevabas tu pelo largo apresuradamente peinado, caminabas con cierta disimulada aprehensión, urgencia de saberse perseguida. Después fue sólo, osezna, ver tu nombre un poco más arriba del mío, en esa lista que confirmaba nuestra expulsión de la Facultad, qué sé yo, de todas partes. Y entonces hubo que pensar en maletas y aviones, en el inevitable y definitivo adios, osezna, casi con la desesperanza y mierdosa certeza de no volver a encontrarnos más. Por ello, cuando ese día, en que vagando por calle Corrientes, rumiando un retorno que empezaba a intuirse lejano, te ví del otro lado de la vereda, ahora un poco más delgado tu rostro, tu pelo ostensiblemente corto, envuelta en chaquetón chilote y protegiendo tu cuello una bufanda montevidéana, pensé, osezna, que todo como que era una infinita confluencia de sueños nutritivos y pesadillas. Porque era hermosamente absurdo que tú estuvieras justamente ahí, al otro lado de la calle, esperando al igual que yo el cambio de luz del semáforo, para ir después, puesta la luz verde, casi premeditadamente a encontrarnos justo en medio de la calle, reconocernos, abrazarnos sin soltar palabra, sólo con esa leve explosión ahí, los párpados húmedos, osezna, sentirse una vez más, sólo eso. Y todavía bailando en la sangre, osezna, la excitación del encuentro, nos metimos a un Café en la calle Suipacha, atropellándonos entre preguntas y respuestas, regresando a lugares, gentes y cosas, y llegando al final, osezna, irremediablemente a ese punto donde no hay tu tia. Entonces fuimos nombrando a los amigos y compañeros vivos, libres o presos, que aún seguían al otro lado de la Cordillera, del Río o de la Selva. Porque era un poco los mismo, osezna, porque tú y yo, a esa altura del Continente, indistintamente podíamos ser chilenos, uruguayos, argentinos o del altiplano, que reencontrándose ahí en un Café, en cualquier Café del mundo, enfrentaban la dolorosa verdad de comprobar, osezna, que los amigos o compañeros muertos, no sólo eran los que tú o yo individualmente teníamos como únicos, sino que iban siendo la suma de los que tú tenías, y los que yo tenía como sólo ellos, y viceversa. Salimos del Café. Afuera lloviznaba.

Después te acompañe a casa, y todo el tiempo tratando de imaginar la forma de restituirnos a una mínima esfera donde poder encontrarnos sin tanta muertes ni penas, pero imposible, osezna, imposible. Y fue en el Colectivo donde me fuí enterando de las novedades: un compañero porteño, dos meses de embarazo, un trabajo por ahí en una fábrica, porque la vida continúa, no, che?, dijiste con optimismo, y yo respondí que sí, que claro, cómo no, desviando mi mirada de tus ojos, clavando la en cualquier parte, tragándome las dos palabritas que nunca te dije, que ahora ya no tenía mucho sentido decir, quizás. No nos volvimos a ver. Al poco tiempo murió Perón y nuestra suerte se hizo difícil en los Buenos Aires y hubo que volar otra vez, esta vez a las europas. Y ahí, osezna, entre Walquirias y cervezas fui borrando tus recuerdos, aunque a veces, osezna, la verdad, parecía intuirte en alguna mujer morena, una noche, pero qué mierda, yo andaba en otras cosas. Y fue siendo que de tanta Walquiria y cerveza y maleta esperando un retorno cada vez más remoto, me fue creciendo esa rama inevitable de la soledad, se fue alimentando en mí, osezna, el deseo vivo de volver a reencontrarnos, sabiendo, claro, que a esta altura del exilio no era cosa fácil. Pero fue por ahí, osezna, que un día volviste a aparecer; tú osezna, la tantas veces perdida y reencontrada osezna, ahora un poco menos delgada, con un poco menos tus ojos de esa chispa espontánea y canchera de los buenos tiempos. Creo que vos también al verme como que me reconociste, o lo creyó mi optimismo, no sé. El asunto fue que yo quise entonces buscar un complice antiguo y te invité, osezna, a que nos juntáramos por ahí, un día, en algún Café. Fue después del segundo o tercer sorbo, de un café de residuo medio amargón, que te dije, para no pecar como en tantas otras oseznas ocasiones, de tímido o dormido en los laureles, esas dos palabritas, osezna, salieron: te amo. Vos te sonreíste y te anduviste sonrojando un poco, porque claro, no te lo esperabas, buen síntoma me dije yo, e iba, viendo que había respuesta de sonrisa y sonrojarse, puerta entreabierto y puente, a explayar un poco más el sentimiento, despejando rápidamente del centro de la mesa un feísimo florero con rosas plásticas, para que así el camino, al menos a tus manos estuviera más expedito; cuando tú ya estabas aceleradamente sería enumerándome tu curriculum vitae de los últimos años, porque che, vengo de un tercer matrimonio fracasado, tengo dos pibes en los que debo pensar como madre, los años pasan, che, mirá, no ves lo gorda que estoy, no sé, ya no puedo pensar sólo en mí, los nenes, además no quiero un nuevo fracaso, veremos después cuando termine la terapia, en fin, lo que el sicólogo diga. A mí no me quedó más que con un gesto clandestino restituir el florero y sus flores plásticas al centro de la mesa; porque estábamos confirmando osezna, que no sólo los milicos nos habían desterrado del paisito encuadrando sus fronteras con bandos y bayonetas, sino que aún más, de alguna manera nos habían jodido también el alma, que es otra forma del exilio, y mierda, era seguir derrotándonos, porque dónde y cómo, osezna, poder reencontrarnos?.

Yo pedí otro café, mientras tú apresurabas tu partida por no sé que trámite urgente que tengo que hacer, pero llámame che, nos vemos uno de estos días, chao. Yo todavía me serví otro café, trabajándome lento la vieja rebeldía, osezna, la de los buenos tiempos, la de esto no puede ser carajo!. Porque claro, osezna, no era fácil, que un día, cualquier día, entrar, con esa timidez adolescente, a una florería, elegir un ramo de rosas rojas, colgarse después en la muñeca, aunque sea minúsculo, un paraguas verde, e insistir, osezna, insistir en las dos palabritas, seguir juntos tirando para arriba, sea como sea, que le vamos hacer.

...Porque ya vez, osezna, todo puede suceder. Somos tan increíblemente imprevisibles, con la salvedad que ahora, osezna, ya se sabe que no será la primera ni la última vez que te pierda de vista, ahora, después que herr Svensson, indicándome con dos o tres gestos de brazos y dedos, indicando allá, más allá, o al otro lado de allá, me enteró que tú, osezna, te has metamorfoseado digamos de paloma, y has volado, retornando hacia tierras más cálidas, las de nuestro cono sur. Y te confieso, osezna, que hubiera querido, en ese momento en que herr Svensson me confirmaba tu partida, haber retornado a ese absurdo complejo de estar haciendo el ridículo, por lo menos en ello habría podido centrar toda esta tristeza. Pero no, osezna, me importaba un carajo estar ahí en plena calle, con ese ramo de flores, y el minúsculo paraguas verde colgando en mi muñeca. Porque además cosa extraña, osezna, había un día celestísimo y caluroso que quién iba a pensar que pudiera llover para andar como pájaro de mal agüero con un paraguas y todavía verde dígame usted parecían decir los nórdicos neutrales transeuntes al pasar. Por ello, osezna, y ante una posible agresión, nunca se sabe, me introduje rápidamente al primer Café a mano, sortí con una verónica irrepensible, la estrecha vigilancia de esa señora, desproporcionadamente delgada y fea, maquillada grotescamente, con ojos de aguila, instalada al otro lado del guardarropa, porque presentí (se sabe de donde) que me iba a arrebatarme el paraguaita, no las flores, ya se sabe, ellas son efímeras. Después ubiqué una mesa, discretamente en un rincón, deposité en una silla, frente a mí, donde mis ojos te vean, el paraguas verde, y aquí me teneis, osezna, estas líneas ayudando, como siempre.

Raúl Silva Cáceres

Poemas del Libro inédito:
"Elogio de mi locura".

III

No volverás
No volverás

Con tu aire impertinente
la bandera temblando
entre las manos
la boca llena de consignas
tus pechos
a punto de estallar

para siempre

XIV

eleva tu voz
una vez más eleva tu voz

contra el emparedado
contra el sumiso
contra el aquiescente
contra el torturador
contra el delator
contra el transparente

eleva tu estandarte encendido
con la lengua ardorosa
entre mis dientes
y los restos de ese puño desnudo
que empujaba
al animal del mundo.

XXVI

Del recuento quedaban cicatrices y el aire ardiente del verano y los muros maduros de la ciudad y un poco de alma entre nosotros y el pan puro de la participación y el piso de arena que ardía como una pesadilla y tú buscándome en la carne fresca de la tarde y mi cabeza afrancesada ah mi cabeza viendo crecer la tela horrible de la araña en cielorrasos donde goteaba una oscura miel

XXXIII

(dijiste despacito)

-aquí todo se vive
declina

o forcejea

contra las insulas de la nostalgia
y lo remoto al alcance de la mano:
de acuerdo,

los pétalos del pueblo
serán concretos
como la luz del día-.

(estamos de acuerdo
pensábamos riendo)

-todo es posible bajo el sol;
iremos juntos a la marcha
con el suave pedaleo de la orquesta
y un cuchillo entre los dientes-.

(Yo destrozaba tus miembros uno a uno
memorizaba dulcemente la curva de
tu vientre
por lo que pudiera pasar)

Juego de niños

a J.C. Peré
prisionero en Argentina

Juego de niños
ir en búsqueda de tí, loco
sentir nombres ajenos
que fueran vida y en tí viven

Será pues juego absurdo
respirar nuevamente en la idea de tus "mates"
apostar alfiles, caballos infatigables
oyendo tus zies y mis noes, tus acazo

Será vano, así mirarte
tú en el patio, caminando
caminando con tu hombro asesinado

Mientras aquí, torpe, sueño
sueño que voy a buscarte, y
miro y pueblan simas

Tan espadas sílabas en orden
tan de muertes palabra vida.

Escribo mientras...

a Raúl Olivera
desaparecido en Argentina

escribo mientras tomo mate
escribo en calzoncillos
y no es sentir calor sino vergüenzas
quiero mirarme la piel en todo instante
estudiar las semejanzas
revelar
la oculta solidaridad con Ellos, con los Otros:

no hay duda, somos iguales,
alguna vez en tiempos fuimos hermanos
aunque no quiera identificarme
aunque me ponga en la cabeza el taparrabos
y escriba con la lengua
y re-niegue sus Verdades

y vaya como voy mordiéndome los codos
sorteando paredes
negándome a aceptar que en una cifra
hayan quedado, tu timidez
tus manos, Raúl, tu sonrisa.

Son las siete...

a Yamandú

I
son la siete de la mañana
del treinta y uno de diciembre
de mil novecientos setenta y ocho
y leo en el periódico
que el Hombre es un animal tropical
que su piel
a menos de veintiocho grados Celcius
comienza a enfriarse,
a temblar
a padecer
a sufrir, agrego
a querer abrazar
a necesitar estar con otro
o en el otro, digo

qué animal seré
qué ser extraño
qué mal será el mío
para no ansiar estar en otros
a pesar de los veinte grados bajo cero
en esta blanca y profana
ciudad de la escandinavia

he decidido escribirte
y hoy
antes de arrojar este mal vivido
y envejecido almanaque,
comienzo sin saber
cuál es el comienzo
hablo
sin saber de qué se trata
pues he perdido la razón
o la estoy perdiendo y a veces como anoche
me asustan mis propias imágenes,
es decir
a las tres y media de la madrugada
me descubrí sediento
y mi cabeza se convirtió
en una gran canilla abierta,
una pantalla tridimensional que me invitaa
a irme en ella y olvidarme
que estoy viviendo casi por inercia

(aunque no profeso religión o credo alguno
guardo los mandamientos del viejo Moisés,
salvo algunos como aquel
que establece no codiciar o desear mujer ajena)

te digo esto para que entiendas
que mi locura tiene rasgos de cordura
que soy casi el mismo no obstante ser muy otro
que este personaje que te escribe ha cometido
homicidio reiterado en aquel
que conocieras hace una década

mas a pesar de estas muertes
y aunque mi corazón suele convertirse
en capullo de cenizas y cierre
en vez de abrir puertas ventanas orificios
si el aire se le torna irrespirable,
llevo las manos la boca la lengua limpia

ahora está nevando
hay pájaros jugando entre la nieve

estoy solo y voy
por el segundo termo
a las nueve de la mañana
de este domingo estocolmense

esta noche estaré con Susy
con Laura con Alicia
con Emiliano y contigo
aunque lejos te encuentres
allí, en "Libertad"(+), amigo.

II

Voces dicen que estoy
sí, nuevamente peleando
pero cómo has de entender
si no voy a trincheras
ni bajo banderas
sino aquí abajo
hundido, desterrado si querés
buceando
en no sé cuales confines
y donde suelo enredarme
confundirme,
donde suelo ser naufrago
en playas irreconocibles,
donde suelo sentir multitudes
que me agitan, me golpean, me sueñan
y me condenan a ser
lo que no soy
me inscriben en lo que me sido
en lo que casualmente
alguna vez tuve por oficio:
sellos indelebles
que no logro arrancarme

deja que diga que no basta
con darse vuelta el alma
sentirse desnudo y nimio
y descubrirse inocente:
los signos están grabados
más allá de nuestros propios huesos

y reanudo este combate
pero debo confesarte
que hoy
no te escriben manos
que no sé cuales voces
dictan estas palabras
que la mente
en este preciso instante
es un ojo ciego
que los pulmones se han marchado
a respirar otros aires
que las piernas vuelan
en profundidades
que no sé como decir
que no sé quién te escribe,
hermano.

(+) Centro de reclusión de presos políticos
en Uruguay.

Poli Delano

El mar*



Acabo de recibir una carta de Rogelio — desde un punto del globo bastante lejano — en que el pobre desdichado me cuenta que está en el cuarto de su hotel escribiendo a sólo 15 metros del mar. Cuando se refiere al mar dice algo muy bonito. Dice:“con la ventana abierta, escuchando ese rugido tan familiar y querido, aunque sea de un mar cabrón, gris de color, que no huele a nada y que ni siquiera es capaz de parir un par de almejas”. Y esto, desde luego, se debe a que no cualquier mar es como algunas zonas de ese tramo largo del Pacífico que baña nuestro país entero de norte a sur y donde solíamos en otras épocas pasar muchas horas, días, semanas, y hasta meses. Años no. Porque de algún modo u otro Santiago estaba siempre de por medio, y era ahí donde había que asistir al colegio, a la universidad, a la oficina o adonde fuera. Pero lo que quiero decir es que si enfilábamos rumbo, en dirección oeste desde cualquier punto de la ciudad — o del país, incluso, diría, aún sin ignorar que en el norte el desierto es cosa seria de cruzar no se nos iba más de su hora y media para llegar hasta las verdes aguas del océano, esas aguas frías, casi hostiles a la piel del afuerino, pero donde las almejas y las cholgas y las ostras agarraban un yodo insuperable. A veces, de muchachos (cuando podíamos dormir embutidos en un saco de campaña bajo el cielo y sobre la arena o aún sobre las piedras) nuestro principal interés era bañarnos, nadar, abordar o hacerle el quite, por ejemplo, a esas olas gigantes que azotaban la Playa Chica en las mañanas de viento; desde luego que buscar también algunas niñas de buen cuerpo y sonrisa generosa a quienes poder asombrar con nuestras destrezas acuáticas para luego, por las tardes, después del clásico paseo a lo largo de La Terraza, robarles un par de besos fáciles. Más adelante, unos cuantos años, quiero decir, el baño no era ya nuestra principal causa para viajar constantemente al mar. Podía ser la pesca tranquila, desde los roqueríos, el descanso de la rutina en que envuelven las ciudades, el cambio de ambiente, relajante para los nervios ajetreídos, el deseo de comerse en grupo un buen plato de erizos al matico, de machas a la parmesana, o un insuperable filete de congrio. Todavía algunos años después quizás fuéramos más que nada, a pensar, a contemplar ese ritmo tranquilo de las olas durante horas en que el pasado podía enseñarnos algunas cosas importantes, otras fundamentales. Mirando hipnotizados esa masa de agua cambiante. Recuerdo siempre una frase que mi amigo Manuel — también con él nos escribimos desde lejos puso en una de sus novelas. Decía: “Fundaría un país a la orilla de tus ojos, cambiantes como el mar”. Creo que no he leído nunca una declaración de amor más efectiva, más dinámica. Manuel también tuvo que salir después de la tragedia de septiembre y anda por ahí perdido en otros continentes..... Y éramos siempre un buen grupo de marinos de agua dulce que de algún modo, juntos, habíamos aprendido a sacarle a la vida una que otra cosa positiva — la risa, por ejemplo — y a saber que nuestras costas podían ser un factor primordial en ese descubrimiento. A Antonio, para citar un caso, si le gustaba la Playa Chica era por todo lo contrario. Típico y de buen tono resultaba decir: “Cartagena en invierno es precioso, magnífico, de primera, pero en verano no se puede aguantar, tanta gente, tan atestado (tanto 'roto' para los más siúuticos), ni andar se puede”. Antonio, en cambio, con su vitalidad de bestia nueva, y sin complejos de su incipiente panza, dijo,

*Tomado de la revista *Literatura Chilena en el Exilio* nro 1 editada en EEUU.

entre niños que tiraban arena a los ojos, entre pelotazos y fotógrafos, entre panes de huevo y las canciones del loco "Mejillones" por un peso, entre niñas de todos los colores y viejos de todas las edades, entre quitasoles y tarzanes bronceados que levantaban pesas, dijo: "esto es lo que me gusta a mí. Me carga el hueveo de la playa solitaria". Sin embargo también es cierto que a cinco kilómetros de ahí estaba justo el lugar para la cita clandestina, para que el señor Equis, casado con la señora Zeta (de Cartagena) se encontrara con la señora Jota, casada con el señor Eme (veraneando en Las Cruces) *¿ No te acuerdas, Rosana, cómo nos dejábamos ir por las pendientes suaves de las dunas, cerca de los conchales primitivos, cómo nos besábamos, cómo tú me pasabas las manos por mi melena de vago impenitente, cómo yo de pronto me quedaba helado sólo de contemplar la hermosura de tu cuello, esa curva suave, larga, que no puede tener metáforas, y nos desnudábamos tan sueltos de cuerpo, total, ahí quién ? Ibamos de a poco llegando hasta el mar y entre yo mirándote y tú mirándome todo era puro asombro, como si nunca nos hubiéramos visto antes, como si fuera una primera vez, primera y única vez desesperada, porque en ese momento quizás lo importante, lo primordial, era que el tiempo, las malditas horas, se venía encima muy rápido, casi como si ya se fuera a acabar todo, como si fuéramos a morir y el último adiós — la copa del estribo — reventara en ese encuentro solitario, tan secreto, tan angustiados, porque después de todo ¡ en eso ! la libertad sí que no era nuestra. Y sonaba la campana como en los colegios cuando el recreo termina y otra vez a clases, ya, adiós amor, reina preciosa, adiós cabro de los cielos, sí, mañana no, pero el martes, el martes sí como sea, contra el viento y tempestades, te dejarías quitar la polera roja, el bluyín ajustado, para que mis pobres ojos de mortal silvestre otra vez se abrieran enormes ante el abismo de tu figura delgada y curvulenta apenas cubierta por un calzón blanco y un sostén que tampoco engañaban a nadie. Sobre la arena sentada japonesamente hasta que mis manos violentas y también solidarias, pero sobre todo violentas, te arrancaran a tirones aquello y quedaras convertida en una Eva de veras maravillosa para la que cualquier pobre Adán fuera apenas un vello del peine. Sí te acuerdas de cómo entonces mis manos te retorcián al recorrrerte, de tu sonrisa que no podías ver pero que yo sí calibraba muriéndome de tanto deseo mientras entre risas y mariposas íbamos rodando al agua, a meternos en esa sal donde hacer el amor flotando era tarea de Titanes, de un amor de bárbaros titanes para los que ese momento de amor pudiera ser la única razón de vivir, pero Rosanita, no te aflijas ante el recuerdo de la violencia — no la de los celos —, la del mar, que es el gran regulador, porque "las tardecitas de Buenos Aires tienen ese qué se yo", recuerda, detenidos ahí entre semáforos y melones, llenos de gentes alrededor que también sabían que estaban "piantaos piantaos" y antes de apretar el botón del radio del auto, te dije: "quiero regalarte un tango"*

— ¿ Cual ?

— Piantao.

Y te dije "aquí lo tienes, con 'valcesito bailador' y todo, y entonces aprieto el botón y suena la radio como un mago de cuentos orientales justo diciendo "vení, volá, vení" y ahí, queriéndonos entre angustias automovilísticas, cordilleranas, o incluso hasta de la onda aviadora, no creas Rosana que no, nunca vayas a pensar que no, la vida tiene sus puntos y comas y de veras pienso que un amigo que tengo está justo en el medio de la razón cuando dice que de todas las cosas, lo primero es el mar; sí, largas playas solitarias con amplios dunales donde ningún acto secreto podía ser descubierto des-



de la tierra. Todo eso: el baño, el amor, los mariscos, la meditación, todo eso era el mar. Por eso la carta de Rogelio me ha puesto en onda pensativa, nostálgica, acaso sabia frente a tantos hechos "Sabia" puede parecer pedante. Pero la verdad, han pasado no sólo algunos años, sino también bastantes cosas. ¿ Baeza, dónde está ? Durante un tiempo — marino nato — sólo pudo oír el mar sin verlo porque los verdugos le vendaron la vista durante cuatro meses en la isla Quiriquina, donde olas y resaca se escuchaban de cerca. ¿ Donde está ahora ? ¿ En Tanzania ? Todos, todos están en países raros, transplantados, adaptándose a nuevos climas. Casi siempre lejos del mar. Ernesto en Noruega, cerca de las legendarias lofoten, un poco más próximo a las olas que los demás. Y Saurio, ocultándose de los fríos de Vancouver en una sala de hospital donde su voz cansada no tiene posibilidades de ejercicio; mirado desde el otro lado de un vidrio por su tierna Negra y por los niños asombrados y dolidos. Lejos del mar. Y el "Mono", poetizando el socialismo sin erizos ni ceviche ni boleros de la vieja guardia. Lejos del mar. ¿ Será posible que las furias de Satán hayan arremetido contra todos a la vez ? ¿ Que la muerte entre torturas de Enrique y Víctor, que el cáncer ya sin vuelta de doña Olga, la sordera de Baeza, la neurosis de Rogelio y el suicidio de Jorgito sean producto también de la circunstancia histórica ? ¿ Pero por qué entonces a mí no me ha pasado nada ? Quien sabe si en el mar se encuentra la razón. Al comienzo, lo miraba durante largos ratos al llegar del trabajo. Sí, el mar. Me sentaba a mi escritorio, apagaba las luces (menos la lamparita roja) y lo miraba hipnotizado, igual que en otros tiempos allá lejos, apoyado sobre la baranda del buque, de pie contra el viento en los roqueríos de abajo, o desde el ojo de buey de mi camarote, sobrevolado por gaviotas en espera del cardumen para lanzarse piqueros que parecían flechazos inequívocos, las casitas de Las Cruces apiñadas al otro lado de la extensa bahía que nacía ahí mismo y dibujaba la media luna. Me sentaba, digo, a mi escritorio y lo tomaba entre mis manos. Veía su agua mecerse suavemente, ondular como al paso de una brisa ligera, avanzar la ola inofensiva con su ritmo inconmovible hasta chocar contra la pared transparente de esa cajita mágica y luego devolverse en un pequeño remolino. Después, un movimiento de mano y las aguas se agitaban y se levantaba violenta la espuma y las olas crecían, se hacían gigantescas, azotaban y yo ahí, en mi escritorio viéndolo todo, temeroso de que siguiera la tormenta. Pero eso de los largos ratos después del trabajo, era sólo al comienzo, Mas tarde fue creciendo el tiempo y empecé a faltar a la oficina. Me levantaba por la mañana y trataba de no pasar frente al estudio para evitar la tentación, pero de pronto, antes de salir, me engañaba a mí mismo, echaba de menos cualquier cosa para tener el pretexto de entrar y entonces abría sigilosamente la puerta, lleno de un temor muy hondo. Ahí estaba, sobre la mesa escritorio bermellón. Ahí empezaba una vez más a deleitar todos mis sentidos, porque aunque esas olas encerradas no rugían, yo las escuchaba y escuchaba también la fuerza del viento y me iba quedando, olvidado ya del reloj, lejos de la oficina, lejos de todo, cerca sólo del mar. Así fue cómo empezaron mis ausencias del trabajo, gradualmente, hasta ahora en que me trajeron aquí, en que ya no salgo de esta habitación blanca donde vivo solo con el mar. Me ha crecido la barba y se me han agrandado los ojos. No suena ya más el teléfono y a veces, cuando me comparo con los otros, los lejanos y los que nunca ya veré, me aferro a la idea de que es por eso que me salvo. Que es el mar que tengo encerrado entre cuatro paredes de acrílico la razón de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que.

Al Diablo con la Cultura*

En la lengua del culto pueblo heleno no existía el equivalente de la palabra cultura. Los griegos tenían buenos arquitectos, buenos escultores, buenos poetas, así como tenían buenos artesanos y estadistas. Sabían que su manera de vivir era buena y estaban dispuestos a luchar para conservarla. Pero, al parecer, nunca se les ocurrió pensar que poseían un artículo aparte -la cultura-, artículo al que sus académicos podían estampar una marca de fábrica; artículo que seres de superior condición podían adquirir si disponían de tiempo y dinero suficientes; artículo que se podía exportar, como el higo y la aceituna, a los países extranjeros. Ni siquiera llegaba a ser un invisible artículo de exportación; si es que existía, su existencia pasaba inadvertida, pues era algo natural, tan instintivo como el habla, tan involuntario como el color de la piel. No cabe, siquiera, definirlo como el subproducto del modo de vivir helénico: era ese modo de vivir.

Fueron los romanos -los primeros grandes capitalistas de Europa- quienes convirtieron la cultura en mercancía. Empezaron por importarla (de Grecia) y luego, al hacerse autárquicos, lanzaron su marca de fábrica. A medida que iban extendiendo las fronteras del imperio imponían su cultura a las naciones conquistadas. La cultura romana, la literatura romana, los modales romanos eran el espejo en que se miraban los pueblos recién civilizados. Cuando Ovidio nos dice que un hombre es culto hay ya, implícita en ello, la idea de algo refinado, pulido; de un barniz extendido sobre la superficie de lo que -sin él- hubiera sido tosca humanidad. A un romano refinado como éste, no se le habría ocurrido la idea de que los artesanos de su época fuesen capaces de aportar cosa alguna a los más altos valores de la vida. Ni la aportaron tampoco, pues la alfarería romana, por ejemplo, podrá ser culta, pero es tosca y sin gracia.

Se ha dicho que la cultura quedó enterrada durante la Alta Edad Media y que transcurrió mucho tiempo antes de que volviera a aflorar a la superficie. La época siguiente, la Baja Edad Media, sólo tiene parangón con la antigüedad helénica; pero -hecho curioso- tampoco tuvo conciencia de su cultura. Los arquitectos eran capataces de obras; los escultores, albañiles; los ilustradores y los pintores, copistas. Para referirse al arte no existían expresiones del género de "bellas artes"; arte era todo cuanto diese placer a la vista: una catedral, un candelabro, un tablero de ajedrez, una quesera.

Pero la Edad Media llegó a su fin, y con ella el sistema corporativo y la elaboración de objetos destinados al uso diario. Así algunos individuos avisados empezaron a apoderarse de ciertas cosas, como las propiedades de la Iglesia, las tierras comunales, los minerales (el oro, sobre todo). Empezaron a fabricar objetos con la finalidad de adquirir más de lo que podían usar, procurando así tener un sobrante que pudieran convertir en oro; y como el oro no servía para comérselo ni para construir casas, lo prestaban a quienes tuviesen necesidad de él, cobrando rentas o intereses. De esta manera nació el régimen capitalista y, de su mano, eso que llamamos "cultura".

El vocablo, en el sentido que hoy se le da, apareció registrado por primera vez en 1510, o sea en los comienzos del capitalismo. Era la época del Renacimiento, época en que la gente instruida -aun la de nuestros días- ve la esencia misma de la cultura. Pero la ruptura final entre ésta y el trabajo operó en los comienzos del siglo XIX, durante el período de la Revolución Industrial. Mientras los hombres construyeron objetos con las propias manos, sobrevivieron -y fueron eficaces- determinadas maneras de construirlos. Mas cuando empezaron las máquinas a fabricarlos desaparecieron las tradiciones arraigadas en la mente y los músculos del obrero manual.

Para reemplazar esta tradición instintiva, los industriales introdujeron nuevas normas. Podían ser normas de utilidad y baratura, es decir, de lucro; pero como éstas no eran del gusto de la gente sensible, los fabricantes se dieron a hurgar en el pasado, a coleccionar e imitar las cosas buenas que habían construido sus antecesores. A quien poseyera amplio conocimiento de las cosas antiguas se le tenía por hombre de buen gusto, y la suma de los "gustos" de un país formaba la "cultura" de éste.

READ

No nos dejemos engañar con el argumento de que la cultura es la misma para todos los tiempos; de que el arte es una unidad y la belleza un valor absoluto. Si vamos a hablar de concepciones abstractas, como la belleza, podemos conceder que son absolutas y eternas. Pero las concepciones abstractas no son obras de arte. Las obras de arte son cosas que se usan: las casas y sus muebles, por ejemplo; y si no son cosas de uso inmediato -como la cultura y la poesía- deben estar acordes con los objetos que usamos, es decir, que han de formar parte de nuestra vida diaria, acompañarse a nuestros hábitos cotidianos, responder a nuestras necesidades de todos los días. Cuando el arte da voz a las esperanzas y a las aspiraciones inmediatas de la humanidad, adquiere entonces significación social.

Una cultura empieza por cosas sencillas. Estas cosas sencillas son la forma en que el alfarero moldea el barro en su torno, en que el tejedor trama los hilos, en que el albañil construye la casa. La cultura griega no empezó por el Partenón; empezó por una cabaña encalada, erguida sobre las colinas. La cultura siempre se ha desarrollado en la forma de un proceso -lentísimo pero seguro- de refinamiento y perfeccionamiento de las cosas sencillas. Refinamiento y perfeccionamiento del lenguaje, de las formas, de las proporciones, en que la pureza original se ha mantenido incólume.

Hoy nos hallamos atados de pies y manos al pretérito. Como la propiedad es sagrada y los bienes raíces fuente de incalculable riqueza, nuestras casas tienen que apiñarse unas junto a otras, nuestras calles tienen que seguir el trazado ilógico e intrincado de antaño. Como nuestras casas deben construirse al más bajo costo posible y con la ganancia más alta posible, se les priva del arte y la ciencia del arquitecto. Como todo lo que compramos debe dar ganancia a quien lo vende, y como siempre debe haber ese margen de lucro entre el costo y el precio, nuestros cacharros, nuestros muebles y nuestras ropas son igualmente ordinarios, igualmente baratos. La cultura capitalista es una inmensa chafalonía: un refinamiento superficial que oculta la bastedad y la baratura del material.

Al diablo esa cultura! A la basura y al horno con todo ello! Celebremos creadoramente la revolución democrática. Construyamos ciudades, no demasiado grandes, pero sí espaciosas, donde el tránsito corra libremente por avenidas arboladas; donde los niños puedan jugar a sus anchas en parques verdes y floridos; donde la gente viva feliz en casa alegres y bien hechas. Levantemos las fábricas y los talleres allí donde resulte más conveniente para satisfacer las necesidades naturales del consumo (pues la energía eléctrica se puede instalar en cualquier parte). Equilibremos la agricultura y la industria, la ciudad y el campo. Hagamos primero todas estas cosas sensatas y elementales, y después podremos hablar de cultura.

Una cultura de cacharros!, exclamarán desdeñosos algunos de mis lectores. Yo no desdeño la cultura, porque, como ya he dicho, las mejores civilizaciones del pretérito pueden ser juzgadas por sus cacharros. Pero lo que refirmo ahora -como la ley de la historia al par que como principio de economía social- es que mientras una sociedad no sea capaz de producir cacharros hermosos con la misma naturalidad con que cultiva papas, será incapaz de esas elevadas expresiones artísticas que antaño se tradujeron en templos y catedrales, en epopeyas y obras dramáticas.

"...La cultura es un proceso de crecimiento natural. Si una sociedad goza de libertad plena y de todos los fundamentos democráticos, la cultura le vendrá por añadidura, sin que para lograrla deba esforzarse en demasía. Le vendrá con tanta naturalidad como le crecen los frutos al árbol bien plantado. Mas al utilizar esta imagen del árbol bien plantado, quizá me refiera también a algo más que a la fertilidad de la tierra y al abrigo necesario para el desarrollo de la planta, condiciones equivalentes a las estructuras políticas y económicas propias de la sociedad natural. Quizá me refiera, en efecto, al jardinero que cuida del árbol, que lo protege de las plagas, que lo poda cuando se ha vuelto frondoso, que corta las ramas secas. Y bien, sí, a eso me refiero. No hemos de menospreciar al árbol silvestre, pues halaga la vista y es la robusta cepa de donde han salido los árboles que cultivamos en el jardín. Mas el cultivo es la capacidad que distingue al hombre, que le ha permitido ascender desde la animalidad y el salvajismo. En su camino de ascenso, el hombre no sólo ha cultivado y criado plantas y animales; ha cultivado también a su propia especie. La educación no es más que el cultivo de sí mismo, y el cultivo -cuando lo dirige el hombre hacia su especie- supone también el cultivo de los sentimientos y las facultades por las cuales el ser humano da forma a las cosas que construye.

* Extraído del libro *Al Diablo con la Cultura* ed. Proyección Bs As Argentina 1974.

Romero Solo



SER en la vida romero,
romero solo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el
cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero.

Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos
para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.

La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los
dedos,

decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.

No sabiendo los oficios los haremos con respeto.

Para enterrar a los muertos
como debemos

cualquiera sirve. cualquiera... menos un sepulturero.

Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el Rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.

Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el
cuerpo.

Pasar por todo una vez, una vez solo y ligero.
ligero, siempre ligero.

Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.